

En real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y Cuenca, por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Con el próximo número, se repartirá la lámina litografiada que tenemos ofrecida á los suscritores que pagaron un año, antes del 31 de octubre último.

UN VIAGE A LA ETERNIDAD.

(Leyenda.)

Madrid es una villa muy bonita, y cada día añade una joya mas á su ornato; está muy limpia cuando no llueve, muy abrigada al sol cuando lo hace; muy fresca de noche cuando corre el viento sútil que pasa por el tamiz de Guadarrama, llegando derecho de la Siberia; sus calles como saben sus habitantes son anchas y cómodas las mas; pero bien empedradas las menos: en fin, el Madrid de ahora va poco á poco parodiando á su cofrada Paris y sin duda á la vuelta de veinte años, le llamarán los franceses tal como suena el *París* de España. Mas no es del actual Madrid del que me conviene hablar ahora; mi historia reconoce treinta años de antigüedad, que es como quien dice una historia jamouca. En mis tiempos, estubo de episodio en vejez; en los tiempos de mi historia, quiero decir, no se contaban en Madrid muchos de los monumentos que hoy la embellecen, ni los suntuosos palacios que se fabrican á cada paso, ni había aceras de baqueta, ni faros de reverbero, ni la mayor parte de sus amenos paseos, ni tiendas con portadas de bronce y cristalería, ni en fin otras muchísimas cosas todas muy buenas y que si le despojamos de ellas, vendría á quedar reducido á lo que era poco mas ó menos, un corral coronado y con honores de corte. Aun no se habían inventado tampoco los aereas *Bragams* ni las esbeltas *carretelas* que surcan las calles de Madrid con mas velocidad de la que nos conviene á los serálfos partícipes de la Orden de San Francisco; pero en cambio era numeroso y estaba bien organizado el sistema de calesines, tartanas y coches de colleras.

Existia tambien y existe aun, hacia el cuartel de

Guardias de Corps una casa llamada del *duende*, que permanecía cerrada porque nadie se atrevía á habitarla y de la que se contaban mil patrañas que causaban miedo á los niños, y circunspección á los grandes; cuentan que entonces, aparecían de noche y por las ventanas azuladas y rojos resplandores que vagaban por la superficie de las paredes; y que estaba por acabar su construcción, como la de la catedral de Colonia, porque su arquitecto era el demonio y todos los esfuerzos humanos no lo hubieran conseguido.

No lejos de esta casa habia una *taberna* como se titulaban antes; despacho de vinos, ahora, restauradores en el porvenir, de que era parroquiano y contribuyente fiel un calesero, que vivía y encerraba su *quebranta huesos* en una casa de una calle inmediata.

Todas las tardes cuando se retiraba cerca del anochecer del punto de estacion, ó á la hora que regresaba de hacer algun viage, faltaba primero el sol del horizonte, que faltar él un día solo á tributar homenaje á su dios tutelar.

En cierta ocasion que se retiró mas temprano que de costumbre, y que paró su *carriage* á la puerta de la taberna, entró en ella con peor humor que siempre, lo que no estrañó al pronto á nadie porque habia estado diluviando y lo atribuían á que no le habia salido viage alguno, despues de estar todo el día á la intemperie.

Pero la ociosidad y el mal humor hacia que le pareciese amargo el vino, y que en vez de animarse su fisonomía, se fuese cada vez volviendo mas pálida y sombría no obstante que habia bebido mas que en otras muchas ocasiones. Mil pensamientos á cual mas negros y siniestros asaltaban su espíritu, y los concurrentes que le conceian, parroquianos del salutarifero mosto, se mostraban con sorpresa su actitud distraida, su mirada incierta y la sangre fría con que chupaba un mal cigarro apagado, que daba vueltas entre sus labios.

—¿Quien lo habia de creer? dijo la tabernera á un hombre chiquitillo y gordo, mas atento á mirar sus buenos ojos y sus mofetudas megillas, que al ensismado calesero; quien lo habia de creer? yo que he conocido á ese muchacho, el mas alegre de todos mis parroquianos, y tan gracioso, que hubiera hecho reir á un difunto con los cuentos que sabia! Y sin embargo, en lugar de tener calesa propia, no era mas que un triste criado, sin

mas que una peseta de salario y las propinas que le daban los que alquilaban el carruaje de su amo; cuando ahora no saldrá ningun día, uno con otro por menos de un duro.

—Si, pero no lo habrá ganado hoy, que no se ha movido de la plaza de las Siete chinenas, replicó el hombre chupitilla.

—Quieres otro vaso de vino? preguntó al calesero la tabernera que comía desastramente en beneficio de su despacho, el secreto de aprovechar con oportunidad la influencia que ejercian sus ofrecimientos y sus placentos ojos, en el ánimo de sus adoradores y parroquianos.

Fácilmente se comprende que Santiago, que tal era el nombre del calesero, no desdenaría la proposición de la graciosa tabernera, que nunca bebe ni fuma mas el hombre como cuando tiene mal humor; solo que tantas libaciones acabaron por trastornarle y cayendo con el rostro sobre la mesa, concluyó despues de dar algunos bostezos, por dormirse entregando sus potencias y sentidos al sueño profundo que produce el vino.

Entretanto llegaba la noche, noche glacial y funesta. Silbaba el viento con violencia y la nieve á torbellinos inundaba la cabeza del transido caballo de la calesa, que con las patas abiertas y las orejas bajas, sufría con ejemplar resignacion los ultrajes de la tempestad.

De pronto los labios de Santiago profirieron una blasfemia horrible que resumia las siniestras y malditas ideas que desde por la mañana bullian en su cerebro.

—Preciso es que Dios esté loco ó que le haya dado gana de divertirse conmigo, cuando me abandona de esta suerte dejando pasar un dia sin darme ocasion de ganar una peseta. Mi mala estrella no me abandona..... y es indispensable que no sigan así las cosas, porque sino yo continuaré lo que... añadió murmurando frases claras e incógnitas, al mismo tiempo que sacudía un formidable latigazo al caballo, que espantado y sorprendido con una indirecta tan insinuativa como fuera de propósito, puso en batalla las orejas, dió un salto levantando la cabeza y vino al suelo resbalándosele las manos por querer rómper á la carrera.

Entonces apeándose Santiago, pues que habia montado ya en la calesa, comenzó á dar de patos al pobre animal con la vara de su tralla, á tal estremo, que tardó poco en tornarse colorada de blancas que era y mientras que así desahogaba su cólera y mal humor en el generoso bruto, acompañando cada golpe con una letanía de juramentos, le contemplaba mirándole de hito en hito un hombrecillo grueso, moreno, pequenuelo y mal encuadrado que parecia muy fatigado bajo del peso de una muleta de cuero que tenia cargada al hombro. Quedóse parado y sonriendo desdenosamente delante de Santiago, y este no queriendo desperdiciar la ocasion que se le ofrecia de provocar camorra, con un ente menos sufrido que su caballo, le dijo con acento ronco que apagaba su bilis exacerbada.

—Qué tienes que mirar aqui? largate pronto; ó esperas que levante mi caballo para hacer algun viaje?

—No me dá gana de marcharme ahora, aqui estoy bien, dijo el hombrecillo despues de mirarlo algunos instantes con ligeza.

Te digo que te largues, noagas burla de nada, porque sino por el alma de mi padre... vive Dios! añadió profiriendo un voto, que nos veremos las caras; Y echó á andar enarbolando su tralla hacia el desconocido, que no dió muestra alguna de temor ni retrocedió un paso.

Sigüé tu camino... dijo, y se detuvo sin atreverse á hablar otra palabra porque habia llegado junto al hombrecillo que cambiaba con él miradas amenazadoras; solo que los ojos de este se movian con tanta rapidez y con tan extraño brillo, que anonadaron la audacia de Santiago, que sintiendo se apoderaba de su corazon el miedo, añadió en tono de queja y con acento casi conciliador:—No debias provocarme; mucho mas ahora que.... hay momentos en que un hombre pierde la paciencia, y cuando no se gana un solo real en todo un dia, no es extraño resentirse de mal humor.

—Con que no has ganado nada en todo el dia! replicó el hombrecillo; para eso gaaaras por la noche porque voy á subir en tu calesa; pon dentro esta maleta y monta conmigo, anda ligero.

Un temor vago se apoderó de Santiago, y sin saber por que tenia miedo y respondió:

—Ya es muy tarde, y mas cuenta me ha de tener, en tan mala noche y con temporal tan crudo, encerrar mi calesa y meterme en la cama.

—Andandol replicó el otro, montandó en la calesa.

—No puede ser ahora; déjelo vd. para mañana cuando amanezca, dijo ya con tono mas humilde y considerado; está mi caballo muerto de fatiga.

—Andando!

—Si, pero son mas de las nueve, replicó Santiago como último argumento, y ya sabe vd. que á estas horas es mas subido el coste del alquiler de los carruages.

—Sea lo que quiera, andando!

Santiago no tuvo ya otro recurso mas que acomodarse como mejor pudo los arneses de su caballo, montar en la calesa, y tomar las riendas aunque de mala gana.—Dónde vamos! preguntó.

Sonriendo el desconocido replicó:

—A donde vamos, y á tí que te importa? Sigüé adelante, alquillo tu calesa por toda la noche, cuando sea menester yo indicaré el camino que has de seguir.

Santiago sacudió un latigazo á su yegua, á su *Pulida*, dócil y mansa siempre menos ahora, que se negaba á andar: el calesero observó en el pobre bruto una agitacion extraordinaria, que rodaban gruesas gotas de sudor por todos sus miembros, que pisaba, lanzaba relinchos prolongados, que ahorraba sus narices, y en fin que daba señales

evidentes y demostraciones energicas, de un estado que jamás habia manifestado.

—So... só... para chiquita! exclamó Santiago lleno de sobresalto.

—Marchemos! replicó el hombrecillo arrancando con fiero ademán el látigo de manos del calesero y sacudiendo con él las orejas de la yegua, que se lanzó á la carrera con una rapidez sobrenatural.

Santiago no sabia donde estaba, ni que era lo que por él pasaba; latía su corazón precipitadamente, se le oprimía con dolor el pecho, una mano de hierro candente parecía que apretaba sus sienes y tenía el rostro inundado de sudor; diversas veces reafrenó á la yegua con objeto de que templase su carrera, porque temía á cada momento verla caer reventada de fatiga, pero por mas que tiraba de las riendas, el bruto corría siempre con la misma ligereza. No era esto solo lo que le causaba terror, sino que le paróció que dentro de la maleta que el viajero habia colocado en el fondo de la caja y á sus pies, bullía una cosa como si fuera una criatura que estuviese encerrada é intentase salir. Poco despues creyó que del mismo sitio, lanzaban sordos lamentos que repetían:

—Para la eternidad! para la eternidad!

Sus cabellos se erizaron y se abrió la sangre en sus venas, y mientras, el desconocido blandamente recostado en uno de los rincones del carruaje y con los brazos cruzados, talareaba sordamente una canción popular, y los lamentos que salían de la maleta eran cada vez mas perceptibles y repetían con dolorido acento:

—Para la eternidad! para la eternidad!

—Que quiere decir todo esto? exclamó por fin Santiago muerto de miedo, interpelando al hombrecillo que por su parte no hizo el mas leve movimiento, ni volvió la cabeza, ni contestó mas que:

—Sigamos!

—No, yo no voy mas lejos: dos horas hace que salimos de la población y no sé por donde, como tampoco sé los sitios que atravesamos, y luego las voces que salen de esa maleta, me prueban que yo voy á ser el cómplice y el juguete de algun funesto misterio. Yo no iré mas lejos.

—Sigamos!

—No! exclamó Santiago á quien el miedo habia restituído todo el imperio de sus potencias, no; y tiró de los ramales del caballo con tal violencia que se rompieron, sin lograr tampoco que parase su continuado galope. Entonces quiso tirarse al suelo; pero el desconocido volvió la cabeza y fijó en él una mirada que lo hizo detenerse.

—Sabes tú lo que haría yo con un calesero que quisiera abandonarme en mitad del camino?... lo cogería y encerraría en la maleta que llevamos á nuestros pies; dijo el viajero á Santiago dando á la vez á sus palabras el tono de una énfasis y una

amenaza. Al mismo tiempo sacudió un puntapié á la maleta de la que lanzaron de nuevo sollozos, gemidos y lamentos, entre los que se distinguía aun:

—Para la eternidad! para la eternidad!

—Aquí se perpetró algun crimen horrible! yo no quiero ser cómplice en un crimen! exclamó desesperado el calesero. Detened la calesa; quiero dejaros; no quiero ser vuestro cómplice.

—Eh! miren que escrupulillos tan ridículos te asaltan ahora. No tenias muchos, el día en que una pobre mujer anciana, verás si tengo memoria fiel; alquiló tu calesa y con un talego de pesos duros que puso encima de sus rodillas, te mandó que la llevases á un pueblo que distaba cuatro leguas: no te asaltaron ningunos entonces para ahogarla sin piedad con un pañuelo, cerrando tus ojos cuando entre apagados sollozos impetraba su vida, en nombre de tu madre á quien habia conocido. Aquella escena duró dos horas, dos larguissimas horas, durante las que la victima luchaba en vano con las súplicas y con la fuerza, contra su asesino!

—Eso no es verdad! no es verdad!

—Despues, continuó tranquilamente el viajero, como sino le hubieran interrumpido; bajáste de la calesa asegurándote de que no te miraba nadie, haces un hoyo al pie de un árbol, entierras el talego de duros, haces una cruz en el tronco para poderlo reconocer despues con mas facilidad, y montas otra vez en el carruaje y vuelves á Madrid diciendo que ha sucumbido de una apoplejía fulminante. Con que si te parece, esto es muy ingenioso y agradable, amigo mio, y tus escrupulos de ahora, puedes concebir si me darán otra cosa que risa.

—Bien, cállele vd! cállele vd! Iré dondevd, me lleve.

—Enhorabuena, mas vale que vengas de grado, que por fuerza, y porque sino, te referiría otra de tus aventuras no menos ingeniosa que la anterior: te contaría de que medios te valiste para hacerte el propietario de la calesa; porque echartas la cuenta de que no bastaba poseer dos mil duros, sino que era preciso poder disfrutarlos; esto no hubiera sido muy fácil á otro hombre que no tuviera tan feliz imaginación como la tuya, pero tenias una tia anciana, con apellido de rica, apesar de que vivia de su trabajo, y sin duda que tenias declarada guerra á las viejas; porque un día que bajaba la escalera de su casa, la hiciste tropezar y que rodara por ella; nadie obró lo menor sospecha de la pieza que la jugabas; lloraste su desgracia como un niño. En seguida deslazaste bajo de su lecho el consabido taleguillo, situado en un rincón obscuro provisionalmente, y finjiste mucha admiración cuando al lado de aquel se halló un testamento de tu tia en el que te nombraba su heredero universal; testamento que confeccionáste por la mañana tú mismo. Con que dime si despues de estas travesuras, es lícito que te me vengas con escrupulillos pueriles, estrúpulos de mongita nueva.

El desconocido reía estrahamente, Santiago estaba casi espirando de terror y continuaban los lamentos misteriosos, repitiendo:

—Para la eternidad? para la eternidad!

—Con una parte de la herencia quisiste comprar á tu amo esta calesa y la yegua que tan rápidamente nos conduce á nuestro destino: y aunque pasásteis mucho tiempo sin conveniros en el ajuste, se concluyó definitivamente, en unos doscientos cincuenta duros; y fue; ¡ohs ligencias y demas en cosas de cuarenta. Tu buen amo te hizo un recibo y se puso á contar el dinero; aquel dinero, que bien te acordarás producía sonidos celestiales; aquel dinero cuyos pilares deslumbraban la vista con su brillo. Tu mirabas aquellos pesos duros como deplorando la desecion que hacian de tu bolsa, y sin duda que entonces concebiste el proyecto que una hora después habia de haceros regresar á sus banderas, sin perjuicio del recibo que guardabas en tu poder. Sin duda que tu pobre amo, estabalooco cuando montó contigo en la calesa para ir á celebrar el alboroto fuera de Madrid, y bien se puede afirmar que nadie mejor que tú sabe á cada uno donde le duele. Te acuerdas del soberano cachiporrazo que te sacudiste en la cabeza y del que le quitaste de una vez para siempre, la gana de comer mas pan? Oh! tu eres hombre que lo entiendes; y en aquella ocasion no te faltó prevision alguna; porque que cosa mas natural, que lanzar tu caballo al galope, hacer que volcase la calesa de modo que no suficiera deterioro, y decir despues, que desgracia! ha muerto del golpe! dió de cabeza contra una piedra. Que picarillo! y aun escrupulizas venir conmigo!

—No, no; calle vó, calle vó!

—Y luego tu muger! aquella jóven, delicada criatura que te colmaba de cuidados y caricias tiernas, contribuyendo á hacerte mas ligera y casi dulce tu misma pobreza! Con ella no gastaste tanto cumplida y consideracion, como con tus primeras victimas. Cuatro dias me parece que hace no mas, de la noche en que estando durmiendo la echaste un cofeton encima, consiguiendo en menos de un cuarto de hora, convertirte en viudo merecedor; y así de esta manera en pasando algunos meses, por el buen parecer, podrias casarte con la viuda de tu antiguo amo, del que te vendió la calesa; no ignoras que siempre ella te tuvo alguna aficion, y por otra parte, es dueña aun de otros cuatro carruages y á más tiene dinero, aunque pronto, siguiendo este camino, te hubiéramos visto hecho todo un señor; ganando dinero sin mucho trabajo y haciendo conducir los coches por tus criados.

Sabés, añadió con marcada ironía el desconocido, sabés que vas á ser muy feliz entonces y que ya podras vivir como hombre honrado, y con cierta consideracion en la sociedad, á menos que sea tu ánimo ahora, el de enviudar segunda vez, para entregarte libremente á los placeres de la vida en la primera edad del hombre.... Y me ocurre

otra cosa; yo tendria curiosidad de saber, si tal pensamiento te asaltara, qué medio escogerias para desprenderte nuevamente del yugo matrimonial; porque el puñal deja una herida, el veneno se desembre por si tuomas irrecusables, y tienes demasiada fertilidad de espíritu para emplear dos veces un mismo medio. Dime, como te compondrías para ello?

Nada respondió Santiago, porque una vaga y ligera esperanza reanimaba su abatido corazón. Estoy mano á mano con el demonio, decia para sí; pero allá en el fondo del horizonte se descubren los primeros albores de la aurora, y el poder del ángel de las tinieblas, cesará con la noche.

En efecto la horizontal aparecia débilmente iluminada con una luz rojiza; mas su siniestro brillo, no participaba nada de los suaves y tibios colores de la aurora. Mas bien al pronto se habiera creido era el reflejo siniestro de un incendio, y á medida que avanzaba la calesa, se distinguian con mas claridad los lugares iluminados, y Santiago percibió la entrada de una caverna que vomitaba llamaradas de fuego á torrentes, y con magido sordo y sostenido. Seguía el carruaje caminando rápido qual una liebre, y un minuto despues se hallaba ya en aquella incendiada boca. Un fantasma livida salió al encuentro de los viajeros y colocóse á la derecha del carruaje; era la anciana que murió ahogada á manos de Santiago. Á la izquierda se situó otra fantasma de rostro airado y mirada penetrante; aquella era su primera muger. Un tercero, con sangrónica cabeza, acudió á tener la yegua de la cabezada, y el calesero reconoció facilmente á su antiguo amo. Otra cuarta figura de descarnados miembros, apareció sosteniéndose débilmente sobre sus rodillas, y gritaba:

—Sobriño del alma! mi querido sobriño! muy bien venido, sobriño mío!

Mil espectros, mil demonios danzaban, saltaban, y veian desenfrenadamente, hasta que el hombrecillo que habia guardado siempre su seriedad gritó:

—Mas valia que en vez de gritar y retozar, me ayudárais á descargar la maleta, que no es cosa de perder tiempo, cuando he tomado el calesin de noche y me cuesta doble dinero que si lo hubiera adquirido de dia.

Dos de aquellos espíritus se acercaron obedientes al carruaje, y sacaron la maleta que estaba á los pies de Santiago; inmediatamente despues de puesta en el suelo, la abrieron y se incorporó saliendo de ella la pálida y trémula figura de un jóven no mal parecido.

—Que he hecho yo para ver mi cuerpo preso vuestra? exclamó. Que crimen he cometido?

—Ninguno, hijo mío; contestó el hombrecillo conductor de la maleta; tú te has portado en el mundo como hombre de bien, solo que en una ocasion, aunque ya rico é independiente, has aceptado y aun solicitado una pingüe herencia, que

no te correspondía, y la que en derecho usurpaste á un colateral indigente; con que... así... la sentencia es al fuego.

—Al fuego! al fuego por la eternidad! repitieron los demonios rodeándole y empujándole hasta que lo lanzaron dentro de la caverna.

Éa se sentó en el estribo de la calesa el desconocido viajero, como para darsí tiempo á que se fuesen estirando los que sáñan de la maleta, que tímidos, recelosos y espantados no se atrevían á llegar ante el terrible juez, que sin apelación y sin jurados, sentenciaba.

—Haber, acercáos, y no me impacientéis con la tardanza, esclamó arrugando el ceño.

Ninguno quería seguir al avaro heredero que estaba ya penando en cumplimiento de su condena, hasta que despues de algunos momentos de vacilación, rompió por medio de todos los fantasmas uno de rostro audaz y continente resuelto.

—Tú quién eres? que has sido en el mundo?

—Contratista.

—Ah! sí, ya te conozco; tu eres aquel que suministraba pan de centeno y cebada, en vez de harina, á los valientes soldados que combatían por la independencia de su patria, contra el tirano y grande capitán del siglo, mientras que te regalabas tú y tus camaradas en escandalosas orgías, disipando lo que usurpabas al soldado y á la nación.... Al fuego!

—Al fuego yo!

—Sí, al fuego por la eternidad! gritaron los satélites del implacable é imposible juez.

—Haber tú, quién eres! esclamó aquel.

—Yo fui ministro y....

—Basta, basta; le interrumpió; al fuego con el anterior y que sobrelleven y dividan juntos las penas, como dividieron el fruto de sus dilapidaciones.

—Al fuego! gritó el infernal coro, echándole en la caverna con los anteriores.

Fueron acercándose despues, el alma de un juez que habla sentenciado á un inocente, sin permitirle siquiera defenderse; la de una jóven cuyo amante habla muerto de pesar y sucumbido á la fiereza de sus desilenes, por preferir un partido mas brillante; la de un abogado que habla defendido un pleito injusto; la de un profesor que enseñaba una ciencia que ignoraba, la de un amo y padre que habla dado mal ejemplo á sus criados y á sus hijos, y la de un negociante y capitalista que habla arruinado á cien familias honradas, con su quiebra fraudulenta. Todos sucesivamente fueron juzgados uno á uno, y sentenciados á penar en las llamas.

—Ahora, dijo el hombrecillo, despues de acabar con el contenido de su maleta, me dirás Santiago si te parece que hemos echado el viaje en valde. Solo me resta añadir dirigiéndose á los satélites, satisfacer y recompensar á este honrado caletero, por sus buenos servicios; mas como naturalmente es algo escrupuloso, quiero yo también mostrarme escrupuloso con él.

Le ofreci pagar doble que cualquiera, atendiendo á la dignidad del viajero y á que era noche cerrada, y voy á cumplirte mi palabra. Todos los que hasta aquí hemos sentenciado no sufren mas que en alma, hasta el día del juicio final que nos entregarán sus cuerpos, mas Santiago el Caletero, sufrirá en alma y cuerpo, pues que lo tengo en mi poder, añadió dándole una palmada en el hombro, con mano que le pareció de fierro.

Que sea su carne incorruptible! y que sin alterarse sufra los tormentos del fuego y las heridas de nuestros látigos de diamante! Que esta calesa primera causa y origen de todos sus crímenes, convierta sus maderas en hierros encendidos! Colóquense á sus lados los espectros de las personas que traídonamente asesinó Santiago!—Bien! así; he aquí los cuatro!

—Ahora parte, Santiago, estás entre tus víctimas, que no te abandonarán jamás; tu silla de fierro rojo, te consume, te devora... Bien, parte, marcha para la eternidad!

La calesa partió al galope, al través de las llamas del infierno, y en medio del infernal coro de condenados que gritaban:

—Para la eternidad! para la eternidad!

APUNTES SOBRE EL CULTO ACTUAL

DE

JAGGANATHA.

En Porea sobre la costa Malabar, es donde se halla el templo de este idolo célebre. Rodeado de un gran número de otros edificios dedicados también al culto, forma una masa, un conjunto de construcciones situadas en un recinto de seiscientos pies cuadrados, y todo contenido en el espacio que limita una estensa muralla. Sobre una especie de terraza elevada del suelo una veintena de pies y en el centro de este amurallado lugar; es donde está el templo de Jagganatha, rodeado de otra segunda muralla interior. En el espacio comprendido entre las dos murallas, se hallan una cincuenta de templos dedicados á los diversos objetos de la superstición de los indios. La torre mas elevada cuya altura excede algo de ciento ochenta pies, es la residencia de Sri-Jeo, de su hermano y de su hermana. Sus formas y proporciones nada tienen de vistosas, carece de esbeltez y elegancia, y aunque entucida de blanco, carece también hasta de armonía porque toda su superficie se ha descascarillado, siendo tanto peor el efecto que produce, cuanto que los signos y atributos que la adornan están pintados de rojo.

Dentro de la torre está el templo, y en su vestibulo es donde se veneran las imágenes, mientras la fiesta de los Baños. A un lado está el pórtico cu-

bierto para que no molesten los rayos del sol y al otro hay una estancia cuyo techo es de forma piramidal, destinada á recibir las limosnas y las ofrendas que deben distribuirse á los peregrinos. Desde afuera se divisan los grupos de estatuas que adornan las paredes del templo, siendo una prueba mas de la alianza que ha existido siempre entre la idolatría y los vicios que degradan á la humanidad, el chrisimo que respiran en sus actitudes aquellas toscas esculturas. Los sacerdotes, sus criados y las desgraciadas mugeres consagradas á los ritos de este culto impuro, habitan este recinto, y su número asciende entre todos á 5000. Con los productos que suministran el tributo impuesto á los

peregrinos y las tierras que dependen del establecimiento, se mantiene el culto y sus dependientes. Los mendigos acuden de todas partes á este lugar donde parece de intento reunirse todo lo que el mundo entero encierra de mas repugnante.

Dos son las fiestas principales, que congregan á los peregrinos y á la multitud. La de los Baños y la del Carro que es la mas solemne. En la primera suponen que despues de diversas abluciones, Sri-Jeo, su hermano y su hermanita, se transforman en un Dios con cabeza de elefante; he aqui ahora como describe esta ceremonia un escritor que ha publicado sus apuntes de viage por la India,



Jaggatha, Sabadra, Balarama.

«Habiéndome dicho que los ídolos salían á la puerta del templo á recibir los homenajes de sus adoradores, monté sobre un elefante y me dirigí con otras varias personas á la plaza que enfrenta con la terraza. Trabajo nos costó abrir paso por entre la multitud; pero una vez situados, podíamos ver todo lo que sucedía por lo ventajoso del lugar que escogimos.

«Los ídolos los habían sacado á la terraza;

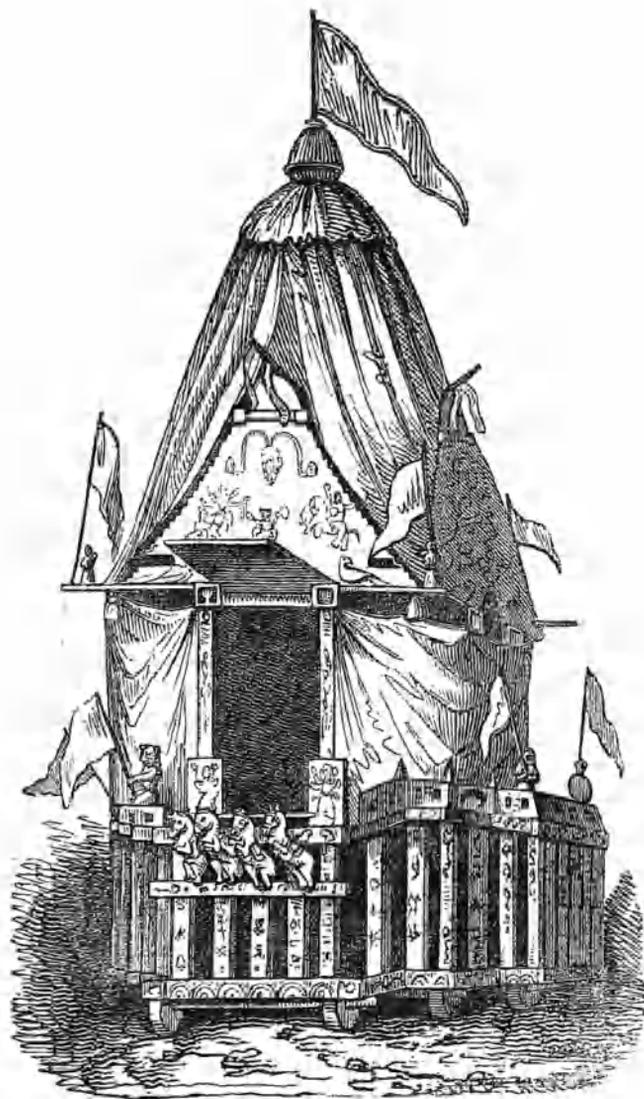
y estaban bajo de una especie de tienda de campaña construida con lienzos de colores estranos y chillones, para preservarlos del rocío de la noche. En medio de la obscuridad que reinaba no distinguíamos tanto como deseábamos la figura de los ídolos; porque los veíamos nada mas que á la azulada é incierta luz que de cuando en cuando brillaba, producida sin duda por la inflamacion de algun mixto preparado al intento, y allí mismo

determinamos escribir y se escribió al punto, un billete muy atento dirigido al gran sacerdote, suplicándole se sirviese ordenar nos dejasen acercar y considerar un instante aquella venerable trinidad. En efecto, al momento nos envió á decir que podíamos llegar; los sacerdotes se separaron y á la luz de dos hachones que encendieron pudimos muy á gusto contemplar aquellas espantosas figuras de madera, veteadas de negro y amarillo. La cabeza era lo solo visible, lo demas estaba cuidadosamente tapado con los pliegues de sus ropages.»

«La gran fiesta del Carro, la celebran todos los años, en una época fija y determinada, en que tras-

portan sus idolos á un templo situado á tres cuartos de legua de Porea.

Despues de recitar muchas oraciones y de cumplir con su largo y religioso ceremonial, hacen bajar de su trono á los dioses y los conducen á la puerta del Leon, y no ciertamente con el respeto, que es de presumir, sino simplemente arrastrados del cuello con una cuerda que llevan los sacerdotes. De esta manera los arrastran por el suelo sin la menor consideracion, como si fuera para ellos un objeto de risa, mientras que otros sostienen sus cabezas y las empujan. Los idolos llegan por fin á donde está el carro colocado ya en el extremo superior de un plano inclinado, y los suben á él.



El carro de Jaggannátha

Mientras se verifican estas raras ceremonias, agita á la multitud un sentimiento de entusiasmo que apenas se acierta á concebir, desde el momento mismo que distinguen sus divindades, poblado los aires con espasmos ahullidos y gritos de victoria por *Jagganatha*, y cuando aparece el último este mismo *Jagganatha*, es acogida su estravagante imagen con redobladas aclamaciones. Estos ídolos no son otra cosa que bustos de madera de seis pies de altura, colocados sobre una especie de pedestal; y en cuanto á su forma no son tampoco mas que una grosera imitación de la figura humana. Los dos hermanos tienen brazos que parten de sus orejas; la hermanita carece de ellos. Las dimensiones de los carros que es de cuarenta pies les da un aspecto imponente y verdaderamente grandioso, pero los adornos son todos del gusto mas pésimo, excepto el dosel ó pabellon, que es soberbio, de gran riqueza, y que lo estiman mucho por ser regalo que les hizo el gobierno inglés. Instaladas ya las imágenes en los carros, sacan de una arca los pies, las manos y orejas doradas de *Jagganatha*, guardadas en ella durante el año; le ponen cada cosa en el lugar conveniente y rodean cuidadosamente el pedestal con un chal encarnado. Adornado como pudiera decirse, con sus miembros de día de fiesta, recibe los homenajes del rajá Khoorda, que armado con una escoba, viene con gran seguillo á barrer el espacio de algunos pasos del camino porque ha de rodar el carro. Después á una señal convenida se apodera la multitud de las cuerdas destinadas á arrastrar aquellas máquimas, y del primer esfuerzo las hacen andar algunas varas. Los trasportes á que se entregan excitados por este primer movimiento, el estrepito producido por las ruedas y los acordes músicos de muchos centenares de instrumentos, produce desde luego una impresión de sorpresa que no carece de encanto y de novedad; pero que al cabo de algunos minutos de consideración, se trueca en sensación dolorosa para un pecho cristiano.

La circunstancia mas horrible de estas procesiones es el voluntario sacrificio de algunos fanáticos que se precipitan al suelo para que pasen por encima de su cuerpo las ruedas del carro. En prueba de ello vamos á trasladar ahora aquí la relación que hace un extranjero que pasó algun tiempo en aquel país, y que fué testigo en 1806 de una de estas horribles escenas. «Apenas, dice, habian hecho andar el carro un corto espacio del camino, cuando salió al medio de él, un peregrino, declarando su intención de ofrecer al dios el sacrificio de su vida. En efecto, no bien hubo proferido algunas palabras que expresaban su resolución, se echó en el camino delante del carro, con el rostro pegado al suelo y los brazos estendidos; la muchedumbre poseída del mayor respeto se agolpó en derredor, y así que vio aplastado el cuerpo de aquel fanático con el peso del enorme carretón, prorrumpió en gritos de alegría, y dió señales de aprobación, cubriendo el cadáver de la víctima con monedas pequeñas; últimamente lo dejaron expuesto á las mira-

das de todos, conduciéndolo despues al Golgotha donde vi los restos de aquel desgraciado. Ayer, añade el mismo autor hablando de su estancia en aquel país, ha consagrado tambien una muger su vida al ídolo; mas como escogiese un sitio en que tenia el camino alguna inclinacion, sobrevivió algunas horas al horrible suplicio que se habia impuesto y por fortuna no son ya tan frecuentes estas escenas, pues que un inglés que ha pasado cuatro años en la India, no ha visto mas que tres ejemplares, lo que prueba que va disminuyendo el fanatismo.

Las noticias últimas tambien nos conducen á pensar que este culto monstruoso cesará muy pronto de existir, porque difícilmente se sustentaria ya si no hubiera contado mas que con sus propios recursos; mas no podemos menos de lamentarnos al considerar que la prodigalidad de un gobierno cristiano, contribuya á mantener una superstición absurda é igualmente ofensiva á Dios y á la razón.

REVISTA DE LA SEMANA.

El lunes se dignaron SS. MM. asistir á la representación de la *Lucea* en el teatro de la Cruz; la concurrencia fué numerosa y lucida como debe suponerse, y despues de retirarse las augustas personas, el público hizo salir al tenor Moriani para aplaudirlo, ya que el respeto debido á la Reina no permitió que se aplaudiese durante la representación. Como hemos dicho en otras ocasiones, Moriani es un excelente artista y los laureles que está recogiendo son una justicia debida á su indisputable mérito.

—Tambien asistieron SS. MM. el jueves á la función que se hizo en el Circo á beneficio de los desgraciados que perdieron sus bienes en el incendio de la Alcaicería de Granada. Compomose la función del drama del teatro antiguo titulado: *El triunfo del Ave-maria*, una piococita y un baile final; el público quedó descontento, y nosotros juzgamos que tuvo razon para quedarlo, porque si bien la función era análoga por el objeto y por el día, aniversario de la conquista de Granada, la ejecución fué muy mediana y el drama no es ya de esta época: como la entrada fué buena, se ha llenado el fin de que reciban este nuevo auxilio los desgraciados á quien se destina, que es lo que importa. Mejor será segun todas las apariencias el concierto que con igual motivo debe verificarse en los salones del Liceo el miércoles próximo; cantarán en él las principales notabilidades y SS. MM. lo honrarán con su presencia.

La Sra. Guy Stephan ha firmado nueva contrata por un año en el Circo. Se dice que ademas de Ronconi vienen para marzo á este teatro la Bertalochi, Tambierki y tal vez Robino. Al mismo tiempo se dice que la empresa de la Cruz ha escriturado á los bajos Bares y Terri y al tenor Murate, que en compañía de Guasco deben llegar á Madrid á últimos de febrero. Segun estas noticias van á remitirse en esta corte las primeras notabilidades filarmónicas de Europa.